

— ¡Malditos sean los gabachos!

— ¡Bandidos, infames!

Pero cuando más invectivas dirigían á los invasores, oyeron sonar la diana alegre, jacarandosa, llena de toda la confianza y el vigor en que abundaban los sitiados. Alguien que se alejó un momento del grupo, volvió con la nueva:

— Los zuavos huyendo; van á la desbandada y corren á encerrarse en el Hospicio.

— ¿Y ese ruido?

— Cosas del jefe. ¿Se acuerdan ustedes de aquel techo de bóveda que ayer quedó firme? Pues Porfirio mandó abrir en él diez claraboyas, dispuso que en cada una se colocara un soldado con cuatro granadas y que las granadas se juntaran con una mecha; que á la hora que entraran los contrarios se hiciera estallar el mecanismo y... ya ven: han reventado las cuarenta granadas con un estrépito endiablado, y los gabachos han corrido dejando una barbaridad de heridos y prisioneros, y diciendo: «No más Porfirio.»

— ¡Qué gracioso!

— ¡Qué bien pensado!

— Esos son *tompeates*.

Y se retiraron á celebrar el triunfo.



## CAPITULO XV

### Sangre y fuego

QUIÉN se acordaba en aquellos días de la Semana Santa con sus inefables misterios, de las procesiones, del ascua de oro de los templos y de la devoción de los poblanos? Nadie, ni siquiera el propio Sedeño, que vivía en medio del dolor y el aislamiento más espantosos, afligido... ¿de que los franceses destrozaran á Puebla? No; de que los mexicanos tozudos les resistieran.

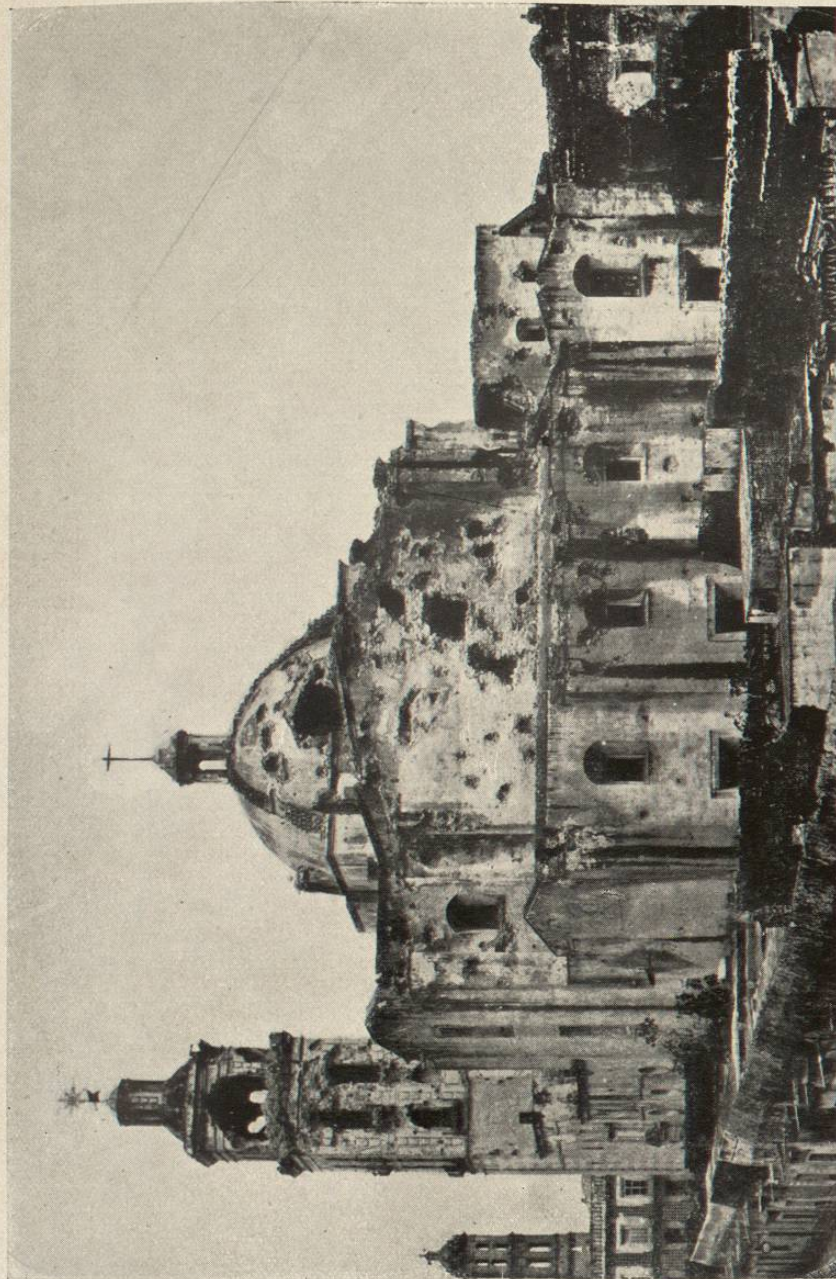
El Martes Santo empezaron los tremendos ataques contra San Agustín, y el Viernes se quemó la iglesia con riesgo inminente de toda la ciudad... Pero vamos con orden, para no anticipar los acontecimientos.

La fortificación de San Agustín era una de las más terribles de las que en aquellos días se hicieron. Se había levantado una gran trinchera en la pared exterior del con-

vento, se había derribado las dos largas hileras de casas que formaban los costados de la iglesia y la huerta, rellenando los huecos en la forma que está dicho donde más largamente se contiene, y se había aspillerado todas las paredes interiores y exteriores. Si á esto se añadía las minas habilísimamente preparadas que llenaban el interior del templo y la triple hilera de fogatas que se hallaba en el patio, se comprenderá cuán formidables eran los preparativos.

Las fogatas son grandes agujeros hechos en tierra, con una inclinación de cuarenta y cinco grados y en la dirección que se presume ha de entrar el enemigo. Los hoyos abiertos en San Agustín se revistieron con las campanas que de esa y de las demás iglesias mandó bajar el teniente coronel Troncoso, y se colocó en el fondo de cada oquedad una caja llena de pólvora y comunicada con el exterior por medio de una mecha encerrada en cañones de fusil: el resto se llenó con piedras enormes, que debían salir á la hora que se prendiera fuego á la mecha.

Francisco Olivos tuvo ocasión de tomar parte en la defensa de San Agustín, dirigida por Luis Terán y Porfirio Díaz. Dueño el enemigo de las manzanas que le habían abandonado los mexicanos, porque consideraban inútil defenderlas, reconcentró sus fuegos sobre San Agustín. Frente á la gran trinchera del patio había una manzana chica y angosta, que por favor del cielo (pues no



San Agustín, después de la rendición de la plaza

Reproducción directa de una fotografía

consistió su fortaleza en obra humana) resistió innumerales cañonazos hasta quedar hecha una criba, mas sin venir á tierra. Al fin cayó esa defensa insignificante en manos de los franceses y ya pudieron atacar con relativo desembarazo la trinchera. Más de doscientos cañonazos debe de haberles costado romper aquella masa, deleznable al parecer, pero en realidad resistente como pocas materias lo habrían sido. Al fin se abrió la brecha, y por sobre el montón de escombros los zuavos treparon al asalto... Ya estaban arriba, ya cien ó ciento cincuenta de entre ellos coronaban el parapeto, ya era tiempo de hacer fuego: el cañón situado en los contrafuertes de la iglesia empezó á hablar con aquella su voz soberana, barriendo con su ímpetu cuanto encontraba sobre la altura; los soldados, que habían estado mucho tiempo con el arma empuñada, introdujeron por las aspilleras los cañones de sus fusiles, oprimieron los gatillos y un diluvio de balas llovió sobre los asaltantes, que, desde la trinchera al suelo, resbalaban por el talud recién practicado, y morían en el reducto mexicano, cuando apenas acababan de saltar. Pero muchos conseguían bajar al patio, y cuando veían que en vez del espacio abierto que buscaban para entrar á la iglesia, había un paredón liso que exudaba fuego, se mantenían largo tiempo indecisos... Por fin, cuando se consideró que era tiempo de encender la mecha, ardió la de la primera hilera de fogatas y subió por el aire una

columna de peñascos incandescentes, que al descender desde la altura, cayó golpeando, aplastando, destrozando y haciendo salir á los pocos que quedaban dentro. La brecha se reparó sin gran esfuerzo, pues hasta el cañón francés se dió un punto de reposo después de ese fracaso.

Los ataques á San Agustín eran casi diarios y al fin tenían que hacer mella en la pared del fondo de la iglesia, en donde quedó abierto un espacio bastante para que pudieran seguir entrando los proyectiles.

Pancho Olivos, que sufría de unas horribles calenturas, consiguió licencia para descansar un poco el Jueves Santo, y á eso de las doce se metió al asilo más cómodo que pudo hallar, que fué la iglesia misma de San Agustín. Con otro camarada que quiso acompañarle, buscó el sitio más apropiado, que fué un crucero abrigadito y que estaba distante de las corrientes de aire y de fuego que podían colarse.

San Agustín era por entonces un conjunto verdaderamente raro de iglesia y mueblería, de bazar oriental y de adoratorio cristiano. Encontrábanse dentro de él todos los sofás, espejos, sillones y pianos de los ricos de Puebla, y además todos los santos y santas que habían sido bajados de los altares cercanos. Allí podría haberse estudiado, sin faltar una sola etapa, toda la historia del mobiliario en la ciudad angélica: desde las cornucopias y los tremores hasta las lunas clarísimas que habían costado

dinerales; desde los claves del siglo XVIII hasta los pianos de cola; desde los asientos forrados de cuero hasta las sillas Luis XV; todo estaba allí ampliamente representado. Pancho y su amigo se acostaron en unas camas de madera que quizás honraron el obispo Osorio Escobar y Llamas ó el mismo don Luis de Velasco; colchones los había, aunque pocos y malos, pues casi todos estaban en los hospitales de sangre y tabicando puertas y ventanas; pero los muchachos, que no eran exigentes, se contentaron con lo que daba el tiempo.

Permanecieron algún rato oyendo el tronar de la artillería, que les causaba el mismo efecto que si escucharan el gruñir de un perro rezongón, y se entretuvieron mirando las bombas, que como estrellas erráticas pasaban por la linternilla, alumbraban con luz de infierno y desaparecían para ir á caer en lugares distantes, causando horrible daño.

Los dos muchachos, metidos en el enorme edificio, alumbrados apenas por un mísero veloncillo, no tenían más compañeros que los ángeles que sostenían la fábrica del altar mayor. Eran los tales unos jayanes grandotes, con pantorrillas y muslos á estilo de saltarines de circo, las manos bastas, la nariz gruesa, la cabellera rizada en cadejos pesadísimos y los ojos siempre dirigidos hacia lo alto, como para espiar la hora en que una bomba francesa viniera á derribar las columnas pesadas y barrigonas

cual si estuvieran encintas, los arcos sin cimienta, las viduas, las culebras, los moños, los rizos y los copetes que formaban el rico y extravagante retablo churrigueresco... Pancho y su amigo no se espantaron, sin embargo, sino que durmieron hasta la madrugada en que les despertó un ruido de cascote que caía; luego escucharon algo como un cuchicheo y después vieron una horrible bola de fuego que daba vueltas y hacía explosión, esparciéndose en fragmentos que llenaban la nave de caliche, trozos de piedra, pedazos de hierro, olor de pólvora y obscuridad espantosa. Los muchachos apenas supieron darse cuenta de lo que les pasaba, y cuando el compañero de Pancho le dijo á gritos: «¡Estás herido; estás lleno de sangre!», apenas tuvo tiempo Olivos de tocarse la cabeza y de sentir que le corría suave y silenciosamente un hilillo de líquido caliente que le inundaba el rostro.

— No es nada, tuvo tiempo de gritar Francisco; estoy listo; debe de haberme caído en la frente un pedazo de material.

Aguardaron un poco á que la polvareda se disipara, y no tardaron en ver en un colateral, una llamita que empezó á iluminar la nave y luego á arrastrarse y á retorcerse, delicada y sutil entre los obeliscos invertidos, los arcos sin base y los cornisamentos curvos. Aquí tocaba un cuadro negro y rojo, allá lamía un medallón de estuco, se achataba más arriba contra la bóveda y luego,

hallando el fácil alimento de la madera vieja y apolillada, seguía haciendo presa hasta fortalecerse y trocarse de azulosa en amarilla, de sutil en poderosa y de callada en silbadora y rugiente.

Los sargentillos quedaron admirados; pero Pancho, más advertido, reparó en algo que se le vino á las mientes.

— ¡Aquí... aquí, dijo, en la sacristía, las municiones, todas las municiones... Vamos á avisar... En la sacristía... encerradas... todo perdido!...

Comprendió el otro, y en el momento en que se preparaban á salir, entró una bomba más, que por casualidad no hizo explosión, y luego una tercera que cayó entre los muebles amontonados...

En el momento que Díaz, Berriozábal, Terán y los demás comprendieron el peligro, volaron al interior de la iglesia. A golpes de hacha rompieron las puertas de la sacristía y las de la antesacristía, cogieron cajones de parque, de granadas, de balas, y atravesando por entre las llamas, lívidos, jadeantes, los cabellos sobre el rostro, iluminados por la siniestra aureola del incendio, depositaron su carga en lugar seguro. Cuando los bomberos llegaron no había ya peligro inmediato y se pudo sofocar el fuego con toda calma.

\* \* \*

El 5 de Abril, *nocte pluit tota*, como decía Pancho Olivos, que sabía un poco de latín, y el seis la lluvia continuó con más fuerza. El suelo destrozado, las casas hechas trizas y hasta los cadáveres verdosos é hinchados, quedaron limpios y rejuvenecidos, esperando la llegada del sol que había de volverles á su antigua miseria. Quizás la lluvia, quizás la fatiga contribuyeron á que en todas las líneas apenas intentaran los franceses reconocimientos insignificantes y á que los mexicanos se entretuvieran en reparar fortificaciones más que en pelear.

A las seis de la tarde las baterías del Hospicio empezaron á hacer fuego contra la cuadra de la calle de la Estampa, esquina llamada de Aveleyra, donde empezaba la línea del general La Llave; por lo cual á aquella posición se le llamaba la manzana de Llave. Veinte tiros de cañón disparó el puesto francés, y en seguida mandó una columna al asalto. Díaz, seguido de un exiguo grupo de cabos y sargentos, se dirigió al lugar del combate.

Cuentan que cuando se intentó la aventura, el general Douay designó al subteniente Galland como jefe de la pequeña fracción que debía servir á los franceses de cabeza de columna, y que Galland pidió que se adelantaran los hombres de buena voluntad que quisieran acompañarle. Setenta y cinco zuavos salieron al frente, y ellos, en unión de unos cuantos soldados del cuerpo de ingenieros, pa-

saron valientemente la calle, decididos á acabar con los mexicanos que guarnecían la posición.

Pancho se hallaba en la esquina de San Marcos, junto á Díaz y rodeado de los pocos hombres que habían conseguido bajar: un cabo había sido herido por el horrible fuego que desde el Hospicio barría las azoteas, y dos sargentos se habían roto uno un brazo y otro la cabeza al saltar desde la altura. Las aspilleras que se acababa de abrir en las puertas de una tienda eran bastantes para ofender y para observar los movimientos del contrario; pero había que contar también con los fuegos de la altura de enfrente, que eran terribles y podían acabar con los pocos atrevidos que estaban encerrados allí. El Hospicio avivó el fuego en dirección de la Estampa, y á las cinco y cuarto desembocó viniendo de Guadalupe, una gran columna de zuavos encabezada por



los setenta y cinco de buena voluntad. Delante venía un clarín joven que tocaba la carga nerviosa y rápidamente, inflando los cachetes y erizando los pelillos del bigote y la piocha rubios. Porfirio dejó de dar una orden, enderezó el fusil por la aspillera, disparó, y el muchacho vino abajo, oyéndose el ruido de las armas y el de la mochila al chocar contra el suelo. Vieron los que se hallaban cerca cómo el joven arrojaba la trompeta, cómo se oprimía el pecho y cómo abría dulce y suavemente los azules ojos para coger el último fulgor de vida, que se le escapaba volando impalpable y angustiado...

Luego venía un mocetón como de veinticinco años, rubio, erguido, de constitución hercúlea y con ojos de gallo enojado. Se adelantó á toda prisa, pasó cerca del infeliz trompeta y al lado de los escondidos tras de las puertas, que contemplaban á su gusto los alamares del dormán azul, los vivos del pantalón rojo y los reflejos de la espada que el tal llevaba al hombro.

— ¡Fuego! gritó Porfirio en este instante con una voz que parecía el crujir de una espada saliendo de la vaina.

Todos los rifles dispararon á un tiempo, y la apretada columna empezó á clarearse, cayendo aquí y allá los bravos muchachos que con el fusil al hombro, la vaina de la bayoneta cogida con la izquierda y el paso marcialmente señalado con los pies cubiertos con polainas blancas, avanzaban en medio de aquel ruido espantoso y de

aquel fuego mortal. Unos caían *redondos*, apaciblemente, inclinándose de lado y dejando salir la sangre, todavía más roja que los anchos pantalones y que el fez con borla; otros arrojaban el arma al aire y caían para atrás cuan pesados eran, embarazando el paso de la columna; otros quedaban sentados, con las piernas destrozadas y sin poder moverse, y otros caían de cien maneras diversas: boca abajo, hacia la banqueta, disgregados de sus compañeros ó en medio de ellos... Varios hubo que buscando salida vinieran á apoyarse precisamente sobre la puerta de la casa que les abrasaba con sus fuegos, y muchos que siguieran caminando heroicamente en la fila, heridos ya de muerte, pero resueltos á seguir hasta que les acompañara una poca de fuerza...

Rudo era el fuego de los doce de la tienda, pero más daño hacían á las seis compañías destacadas los cañones de la esquina de San Agustín y los fuegos laterales de los balcones. Pasó la cabeza de la columna, pero el resto quedó atrás sin poder avanzar un palmo en aquella atmósfera de lumbre. Los tiros de la tienda y de las alturas se aprovechaban casi íntegros entre aquella masa roja, que no llegaba á desordenarse, pero que sí empezaba á cejar... *En avant!*, gritaban los oficiales; pero la gente permanecía sin moverse, horrorizada de aquel fuego que más que el de San Javier merecía ser comparado al de Sebastopol.